

Avatares de la información en las imágenes

HÉCTOR GUILLERMO ALFARO LÓPEZ

*Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas
y de la Información, UNAM*

La información es, pues, la cualidad de la realidad material de estar organizada (lo que representa asimismo la cualidad de conservar ese estado organizado) y su capacidad de organizar, clasificar un sistema, de crear lo que constituye igualmente la capacidad de aumentar la organización.

Jiri Zeman

Las imágenes son información registrada, a ésta premisa que hace de pórtico para nuestro tema se añade el siguiente problema: ¿cómo se da el registro de la información en las imágenes?, el cual será a su vez nuestro guía en esta reflexión. La premisa deja constancia incontestable de un hecho para la Bibliotecología: las imágenes son un objeto de estudio propio y legítimo. Al ser la información registrada el punto central del conocimiento bibliotecológico resulta del todo obvio que esta específica y diferencial manifestación de información registrada, que son las imágenes, tienen que ser centro de atención para tal ciencia. Por su parte el problema nos remite a la cuestión de discernir el proceso de registro de la información en este peculiar soporte que son las imágenes, esto es, los avatares por los que pasa la información al concretarse en los registros imaginísticos.

Para comenzar a dar respuesta al problema enunciado hagamos primero labor de contextualización. La omnipresencia y omnipotencia de la información como factor determinativo en y de las sociedades

contemporáneas fue el resultado de una compleja gama de procesos sociales e históricos que desembocaron hacia la mitad del siglo XX. Por mencionar dos de tales procesos: dos guerras mundiales, que aceleraron el desarrollo económico-industrial y con él la tecnología, así como un despliegue de información no concebido antes. Al engranarse estos factores potenciaron mayormente la producción, distribución y consumo de información: con el discurrir de las décadas de la segunda mitad de la centuria pasada fueron constituyendo lo que acabó por definirse como las nuevas tecnologías de la información. Las TIC, abreviadamente, contribuyeron al impulso de la globalización. La planetarización que vivieron las sociedades en el ocaso del siglo se encuentra, pues, signada por la información; la cual por lo mismo pasa a estatuirse como un entidad central en los procesos de conformación de las diversas estructuras sociales e incluso de las formas de mentalidad de los diversos colectivos. Todo esto acabó propiciando el establecimiento de una nueva configuración del capitalismo: la *sociedad de la información*, con su posterior depuración, la *sociedad del conocimiento*.

Esta sucinta contextualización sociohistórica de la dinámica de la información nos sirve también para señalar la posición de las imágenes en todo ello.

Dentro de esta desbordada expansión informativa, ampliada por las nuevas tecnologías, las imágenes cobraron una excepcional relevancia, su producción y demanda creció exponencialmente, hasta convertirse en una fuente de información tan importante como la información escrita que durante el siglo fue considerada el modo de información registrada *par excellence*. A tal grado ha sido la emergencia del universo de las imágenes dentro de la dominación de la *cultura escrita* que fue dando pauta a la conformación de la *cultura visual*, la cual de hecho se encuentra ya a horcajadas sobre aquella. Ahora bien, esto ha implicado asimismo profundas metamorfosis en el ámbito de las imágenes. Desde el momento que en el mundo antiguo se establece y consolida la cultura escrita las imágenes van a ubicarse en una posición distante o supeditada a la palabra escrita. La rúbrica bajo la cual fueron circunscritas fue la artística; las imágenes pasaron a ser sinónimo de arte. Y en la cúspide de tal circunscripción se posicionaba a la pintura, *summun* de la imagen,

ella dictaba el canon artístico de las imágenes. Todo lo cual velaba la dimensión informativa de las imágenes. Esta posición de las imágenes va a cambiar, como ya se mencionó, con la expansión informativa del siglo XX. La producción y reproducción desbordada de imágenes va a privilegiar ahora su escorzo informativo. De hecho la creación de imágenes artísticas es cada vez mínima en relación a la producción imágenes meramente informativas. Lo que no significa que se soslaye la parte informativa que las imágenes artísticas también contienen. Todo lo cual ratifica la premisa con que iniciamos este recorrido, son ineludiblemente información registrada. Esto pone en claro porque son un objeto propio de la Bibliotecología.

Una vez que con lo anterior se justificó la premisa inicial se pasará ahora a la resolución del problema enunciado, lo que implica que se transite ahora del terreno sociohistórico al del ámbito conceptual. Conforme se expandía el reino de la información hacia la segunda mitad de la centuria pasada surgió la necesidad de comprender el fenómeno, de darle explicación conceptual y teórica. El primer paso en esa senda lo dieron un ingeniero y un matemático estadounidenses C. E. Shannon y W. Weaver. Sus respectivas formaciones profesionales determinaron su teoría: establecieron el modelo clásico de la información fundado en la matemática; es una teoría básicamente instrumental, que pretende la máxima economía del tiempo y energía en el diseño de señales y canales técnicos de transmisión. Es de observar que ésta teoría al avocarse primordialmente a los problemas técnicos de la transmisión de los mensajes, no le interesan las cuestiones semánticas de los mismos, quedan soslayados los significados que se transmiten, así como también queda fuera el cómo afecta el mensaje al receptor. Como se desprende del esquematismo de semejante teoría inicial de la información y la comunicación quedan fuera elementos preponderantes y que de hecho son los que permiten su funcionamiento. Puede decirse que la teoría de Shannon y Weaver es sólo un esqueleto que prescinde del resto del organismo. Tal esquematismo fue contradicho por la propia expansión y complejización que la información sufría en la realidad, por lo que la exigencia de una teoría de mayor cobertura explicativa no se hizo esperar.

Hacia los años setenta con el ascenso de la semiótica se va a poner el acento en los contenidos de los mensajes, por lo que se les consideró como *conjuntos textuales*. Entre los emisores y receptores se llevan a cabo conjuntos de prácticas textuales, lo que conlleva a considerar que tanto unos como otros ponen en juego una serie de estrategias textuales que implican labor interpretativa, así como los conocimientos que poseen. Esto puso a la teoría de la información a las puertas de una concepción cognitiva; más precisamente definida como semántico-cognitiva. Tal concepción puntualiza los procesos cognitivos mediante los cuales los datos se transfiguran en unidades de información, que a su vez vienen a constituirse en la materia prima que da forma al pensamiento. Así, el conocimiento es un procesamiento de información conceptual; es un nivel semántico cognitivo que tiene por contenidos signos o símbolos, con lo que el proceso informativo adquiere significado.

Con el desarrollo de los medios de comunicación electrónicos hacia finales del siglo pasado se dispara el flujo de información que cubre con su red al mundo entero, las diversas sociedades transgreden el espacio y el tiempo para interconectarse comunicativamente. Con lo que pasan de *sociedades informadas* a ser *sociedades informativas*, en estas últimas, además, se establece el carácter totalizador de la información, es la materia básica del sistema productivo. Por lo que la conceptualización de la información redondea su complejización explicativa. Lo que propicia la gestación de la concepción denominada discursivo-institucional, para la cual la información es una actividad de vastas proporciones porque a la par de subsumir a las otras dos concepciones previas desemboca en el océano de los procesos sociales. La información específicamente es considerada tanto como una práctica social así como una institución de la sociedad moderna. Esto entraña contar con el vector histórico, como lo explica el teórico español Gonzalo Abril:

La tercera acepción concierne a la información como discurso, como práctica discursiva y como institución de la sociedad moderna. Hemos de contar, pues, con su dimensión histórica. La información no es ya un concepto formal (estadístico, cibernético o cognitivo) sino un fenómeno sociohistóricamente determinado: en la época premoderna puede hablarse de ideas, saberes o representaciones, pero no

de información. La información se desarrolla en el mismo proceso de expansión de la imprenta y de las publicaciones impresas; conoce un nuevo despliegue con la adopción de medios de comunicación electrónicos y llega a adquirir una importancia central en la organización social, política y cultural del mundo contemporáneo.¹

De esta manera se llega a una concepción integradora, holística de la generación, despliegue y recepción de la información en todos los niveles tanto individuales como colectivos, acorde con la consolidación de la sociedad de la información y el conocimiento. Por otra parte, es de acotarse que estas fases en la teorización de la información coinciden con las etapas de teorización de la práctica de la lectura; la cual primero fue concebida desde el enfoque lingüístico, centrado en la estructura del texto, así como en las habilidades de descodificación textual. Posteriormente se llegó a una concepción cognitiva, fundada en los esquemas mentales (de ascendencia constructivista piagetiana), que pone el acento en la parte activa (cognitiva) del lector y su relación interactuante con el texto. Para finalmente incidir en una propuesta sociocultural, en la que la lectura es comprendida en el marco de los procesos sociales, incluso los del poder (desde los supuestos de la teoría de Foucault). Esta coincidencia por supuesto no es gratuita, la información requeriría de la vía de acceso a ella: la lectura; es la correspondencia de procesos dentro de la dinámica histórica que se desarrolló durante el siglo XX encauzada por la expansión informativa. Situación que asimismo de manera análoga incidió en el territorio de las imágenes.

Hacia principios del siglo anterior el conocimiento de las imágenes, en particular la pintura, se emprendía en su dimensión formal (la composición, el color, el dibujo...), lo cual dejaba sin explicar aspectos que estaban adquiriendo relevancia para su más profunda comprensión. Contra tales carencias y limitaciones se levantó la propuesta teórica y metodológica del Instituto Warburg; propuesta que conllevaba una forma de lectura que buscaba incidir en zonas más complejas de información de las imágenes como son su dimensión simbólica y la cosmovisión que cada época plasma en sus imágenes.

1 G. Abril, *Teoría general de la información*, p. 33.

En la década del sesenta otro enfoque de conocimiento de las imágenes adquirió relevancia a nivel mundial: la semiótica cuya raigambre es la lingüística de F. de Saussure. Avocándose a la lectura de los signos a partir sus mutuas relaciones, así como a la relación de estos con el espectador, con lo cual se buscó interpretar los códigos que organizan la información de las imágenes. Aunque el tipo de imágenes sobre el que centró su atención la semiótica fue el de las imágenes cotidianas como la publicidad, el cine, etc. Imágenes eminentemente informativas. Por último en el ocaso del siglo pasado y en lo que va de la presente centuria han aparecido teorías de conocimiento (lectura) de imágenes con carácter integrador y multidisciplinario, enfoque holista que busca cubrir la mayor cantidad de escorzos del universo de la imagen. Dentro de éste movimiento es de señalar la presencia de una tendencia que puede verse como conjunción, sistematización y puesta al día del señalado enfoque integrador: los *Estudios Visuales* considerados como el ala visual de los Estudios Culturales. Los Estudios Visuales conjuntando una amplia gama de disciplinas y conocimientos heterogéneos se han encauzado sobre el basto espectro de las imágenes. Dejando con ello en evidencia más que nunca la esfera informativa de las imágenes. Ahora bien, esto nos plantea la cuestión de cómo es que se articula la información en los diversos soportes y cuál es su finalidad, es decir, su último avatar.

La evolución de la concepción teórica de la información, ya descrita, tuvo la virtud de clarificar puntos sustanciales que trascienden los aspectos inmediatos sobre los cuales se recreaba la comprensión del universo informativo. De considerar la información como un dato, esto es, un objeto material se llegó a una concepción de mayor alcance y profundidad: enmarcarla dentro de la *producción de sentido*, a partir de los estratos que articulan al discurso como son la *sintagmática*, la *semántica* y la *pragmática*. Veamos primero estos estratos. La sintagmática o sintaxis trata sobre la relación de los signos entre sí; mientras que la semántica versa sobre las relaciones de los signos con las representaciones propiciadas por ellos; en cuanto a la pragmática consiste en las relaciones entre los signos y sus intérpretes. El discurso que conjuga estos estratos es por tanto un entramado de relaciones entre ellos, lo que conforma la información que así se convierte en

instancia de comunicación; sin embargo, es de considerar el que este modelo de discurso ha sido principalmente conformado para la información lingüística y escrita. Cuando es trasladado al ámbito visual para dar explicación a la información contenida en las imágenes no se ajusta del todo al modelo del discurso. Donde queda mayormente de manifiesto ese *desajuste* entre uno y otro tipo de información es en la parte de la semántica, como nos lo explican en extenso y con precisión las siguientes consideraciones:

La semántica formalista no ha logrado dar cuenta satisfactoria del entrecruzado territorio de lo icónico, las soluciones más interesantes provienen de miradas fronterizas de carácter pragmático y hermenéutico. La semántica de las imágenes apela al contexto, a los usos, a lo simbólico, y no sólo a las categorías y taxonomías de tipo estructural o lógico. Es probable que dos sean las razones principales de esta rebeldía del sentido visual: la plasticidad de la imagen y el régimen de lo imaginario.

La razón primera se refiere, en síntesis, a que la imagen no puede decir sin mostrar; toda referencia icónica es también una elaboración plástica (porque su modalidad del decir es el color, el trazo, la forma, incluso el grano o la sustancia sobre la que se imprime o se traza). La denotación icónica es, digamos, intrínsecamente estética o sensual; no habla sólo para expresar un concepto, sino, principalmente para producir una experiencia sensorial. Incluso, es pensable la imagen aunque no refiera nada (como la imagen no figurativa), o no denote concepto semántico alguno (como la imagen abstracta). Se trata de la icónica de la pura forma, de la superficie (el color, el trazo, la forma para experiencia visual, solamente). En este sentido es que la semántica de la imagen no puede ser del todo la misma que la del enunciado o del sintagma. La imagen convoca una semántica más vasta (porque la imagen puede ser un mapa, la representación de la anatomía de un crustáceo, el “Uno” de Jackson Pollock, o las “Formas blancas” de Franz Kline) en la que hay un corrimiento continuo entre lo argumental y lo poético, lo real y lo

onírico. Un corrimiento del sentido por el orden de una elaboración múltiple del espacio (simbólico referencial, pictórico, plástico) *para la mirada*, en la que comienza y encuentra su término.²

La especificidad de la semántica propia de las imágenes, por otra parte, obliga a reconstituir el enfoque que se tenía del discurso visual, así como a replantear el carácter y organización de la información que las imágenes contienen. Esto en particular para la Bibliotecología implica un cambio en su concepción de la información: comprender que hay formas específicas y diferenciales de información registrada con respecto a la información escrita. Y que por lo mismo requieren para su tratamiento un instrumental teórico y práctico (técnico) acorde a sus características propias. Lo que por otra parte implica que en la Bibliotecología se haga uso de todo aquel utillaje conceptual y teórico de otras ciencias que se avocan al conocimiento de las imágenes, para fundirlo con los instrumentos cognitivos de tal ciencia, creando así la concepción propiamente bibliotecológica del conocimiento de las imágenes. Veamos ahora la cuestión de la información como producción de sentido.

Puede decirse que el mundo adquiere sentido cuando se le da orden. El entorno se vuelve legible y con ello manejable, con lo que se le pone límite al sinsentido que merodea por doquier en torno al ser humano. El pueblo que con claridad racional comprendió esta pugna y que a partir de ello creó sus grandes logros culturales fueron los antiguos griegos. Para este peculiar pueblo había una perpetua confrontación entre el caos y el cosmos, su mitología era una colorida reseña de tal confrontación donde uno y otro polo buscan sentar su reino. Más, para los griegos la racionalidad es el agente del cosmos, quien pone límite al caos y con ello da sentido al mundo. La racionalidad (logos) gesta la información que circula comunicativamente dando lugar al orden cultural, en el que la filosofía, el teatro, la política, la historia, etc., otorgan sentido al mundo humano. Así en medio de la oscuridad

2 Diego Lizarazo Arias, "Introducción", en: Lizarazo Arias, Diego (coord.), *Semántica de las imágenes. Figuración, fantasía e iconocidad*, pp. 9-10.

del caos brota luminosa la ínsula del cosmos por gracia de la información cuya estela brinda sentido. Perforando los siglos la pugna entre el caos y el cosmos asume en la presente sociedad del conocimiento una inusitada traducción y actualidad: entropía y orden, incluso conceptualizada en la moderna teoría del caos.

Desde la perspectiva de la teoría general de la información, el proceso informativo propicia el orden social, con lo que pone límite a la entropía que distorsiona la comunicación entre los individuos y los grupos. Pero hay que señalar que la entropía circunda cada una de las etapas del proceso informacional, por lo que la información tiene que transformarse y renovarse creativamente a cada paso del proceso, así se le pone coto a la distorsión, al ruido entrópico.

Normalmente, la información fluye del objeto hacia el sujeto, y en curso del proceso disminuye la cantidad de información. Pero en un acto creador de fantasía, del pensamiento y de la práctica, hay del lado del sujeto más información cierta que del lado del objeto, el sujeto transporta al objeto y le imprime un aspecto nuevo.³

Retómese del texto supracitado las palabras que señalan como en un acto creador del pensamiento y la práctica por parte del sujeto la información transfigura al objeto o, en otras palabras, a la realidad imprimiéndole un aspecto nuevo. De hecho es un proceso donde se da la construcción de sentido que conlleva el despliegue de la información. Asimismo, queda de manifiesto que en cuanto a la información se refiere, no es un objeto sino un proceso que se realiza por medio de la comunicación:

[...] el sentido no es un dato, sino una construcción, más precisamente una construcción comunicativa o dialógica; no se trata, pues, de un objeto, sino de un proceso mismo en que la relación intersubjetiva se objetiva y se expresa. Así que la noción de « sentido compartido », tan

3 Jiri Zeman, "Significación filosófica de la idea de información", en: Bellert, Couffingnal, Moles, et al., *El concepto de información de la ciencia contemporánea. Coloquios de Royaumont*, p. 212.

frecuente en la literatura sociológica actual, es un pleonasma [...] La « problemática del sentido » no significa para la TGI la pregunta por un elemento o un momento particular del proceso de la información, sino la pregunta por el modo en que el sentido se construye en los contextos modernos de la comunicación colectiva, y muy especialmente en el contexto de la *comunicación-cultura de masas*. Pregunta que, en suma, responde a un enfoque *interpretativo*, tal como lo entiende, entre los científicos sociales contemporáneos.⁴

El sentido implícito en la información es una construcción comunicativa, para lo cual se articula en el discurso que circula socialmente. El acto creador del pensamiento conjuga sus múltiples estratos, sintagmático-semántico-pragmático, que organizan creativamente la información del discurso, el cual es comunicado intersubjetivamente con lo que a la vez se objetiva. Tal objetivación también debe comprenderse como plasmación en un registro escrito, visual o auditivo, con lo que asimismo se construye el sentido a la par que se pone límite a la entropía. Mundo legible, realidad construida con sentido por la información.

En sociedades cuyo marco informativo esta signado por la cultura escrita es claro que la palabra escrita determina el orden de sus estructuras en todos sus niveles y componentes: adquiere sentido en la medida que es una realidad escrita; el mundo se comprende a partir de los patrones, la lógica, de la propia escritura. Por su parte en aquellas sociedades, como las actuales, en que va siendo cada vez más predominante la cultura visual puede decirse que la información que proporcionan las imágenes dota de sentido a la realidad desde la visualidad. Las imágenes nos enseñan a ver la realidad que nos rodea, el mundo adquiere orden cuando sabemos verlo, ya no es el territorio de la oscuridad del caos.

Estos múltiples avatares por los que pasa el registro de la información en las imágenes pueden comprenderse como un llamado a la Bibliotecología para ampliar su horizonte de conocimiento: que le permita verse mejor a sí misma, así como a la amplia gama de posibilidades de la información registrada. De manera análoga a la gesta

4 G. Abril, *Op. cit.*, pp. 36-37.

del espíritu de la antigua Grecia, la Bibliotecología es una ciencia del orden: a través del acopio, organización y difusión de la información pone límite al caos y dota de sentido a la realidad. Pero, esa realidad se ha tornado en el presente más vertiginosa con el ascenso de novedosas formas de información registrada, en particular las de textura visual. La ciencia bibliotecológica se avocó privilegiadamente al conocimiento de la información escrita, por lo que todo su utillaje conceptual, teórico y técnico se articuló en función de ese tipo de información registrada, lo que se correspondía claramente con la predominancia de la cultura escrita. Pero en los albores del siglo XXI es un hecho la presencia de una emergente cultura visual, que responde a una reconfiguración de la realidad, en la que una amplia variedad de imágenes determinan cotidianamente el acontecer social y la vida de los individuos. Las imágenes, en cada una de sus manifestaciones específicas y concretas se plasma una información a la que requiere también organizar la ciencia bibliotecológica, para con ello dar orden integral a una realidad determinada tanto por la palabra escrita, como por la imagen. De esa manera la Bibliotecología cubrirá ampliamente su misión de dar orden a una realidad más multiforme y cambiante que nunca y con ello contribuirá a dotarla de sentido. Conocimiento bibliotecológico de orden y sentido: valladar contra la entropía.

BIBLIOGRAFÍA

- Abril, G., *Teoría general de la información*, Madrid, Cátedra, 1997.
- Alfaro López, Héctor Guillermo, *Introducción a la lectura de imagen*, México, UNAM-DGB, 2008.
- Bellert, Couffingnal, Moles, et. al., *El concepto de información de la ciencia contemporánea*. Coloquios de Royau-mont, México, Siglo XXI, 1982.
- Brea, José Luis (Editor), *Estudios visuales. La epistemología de la visualidad en la era de la globalización*, Madrid, Akal, 2005.
- Lash, Scott, *Crítica de la información*, Buenos Aires, Amorrortu, 2005.
- Lizarazo Arias, Diego (Coord.), *Semántica de las imágenes. Figuración, fantasía e iconicidad*, México, Siglo XXI, 2009.
- Mitchell, W. J. T., *Teoría de la imagen: ensayos sobre representación verbal y visual*, Madrid, Akal, 2009.
- Roszak, Theodore, *El culto a la información. El folclore de los ordenadores y el verdadero arte de pensar*, México, Grijalbo, 1990.